

La Deshumanización

Por Daniel Núñez

La deshumanización es un proceso psicosocial por medio del cual un ser humano llega a percibir a otro ser humano como “no humano”. Según James Waller, la idea fue propuesta inicialmente por el psicólogo desarrollista Erik Erikson para describir una situación que denominó “pseudoespeciación”, durante la cual ocurría lo siguiente:

“[L]a gente pierde el sentido de ser una especie y trata de transformar a otros en una especie mortal y peligrosa, una que no cuenta, una que no es humana... Los puedes matar sin sentir que mataste a uno de tu propia especie” (Waller, 2007: p. 206, traducción del autor).

La deshumanización conlleva la “exclusión moral” de la persona (Opatow, 1990: p. 1). La persona que está fuera de nuestra esfera moral no está completamente viva, en el sentido en que generalmente entendemos el “estar vivo”, pues no la consideramos humana. Es decir, no valoramos su vida como valoramos la vida de otra gente a la que sí consideramos humana. Según la pensadora Judith Butler, la vida de estos seres humanos ni siquiera es vista como “digna de duelo” (Butler, 2006: p. 32). Como resultado, la gente deshumanizada es generalmente víctima de actos de abuso y de violencia, los cuales son vistos como normales o hasta necesarios (Opatow, 1990:p. 1).

Según Waller, la deshumanización puede darse a través de medios lingüísticos o físicos y puede ser reforzada por el uso de propaganda (Waller, 2007: pp. 208-210). La deshumanización lingüística incluye el uso de palabras denigrantes en contra de las víctimas. En relación a esto, el autor menciona cómo los Nazis, por ejemplo, se referían a los judíos como “bacilos”, “parásitos”, “bichos”, “excremento”, entre otras frases deshumanizantes (Waller, 2007: p. 208, traducción del autor). De manera general, este trato está relacionado a la dinámica de las guerras, durante las cuales los ejércitos tienden a deshumanizar al enemigo como un mecanismo de defensa que les permite soportar la experiencia. Al respecto, Waller cita a un sargento americano que peleó en la guerra de Vietnam:

“No era como que fueran humanos. Estábamos condicionados para creer que esto era por el bien de la nación, el bien del país, y cualquier cosa que hiciéramos estaba bien. Y cuando le disparabas a alguien no pensabas que le estabas disparando a un humano; le estabas disparando a un ‘gook’, o a un ‘Commie’, y estaba bien” (Waller, 2007: pp. 207-208, traducción del autor).

Waller también señala que la deshumanización física involucra tratamientos o condiciones que hacen que la víctima sea percibida como no humana (Waller, 2007: p. 209). La utilización de números para identificar a prisioneros, por ejemplo, es una práctica común hoy en día en las cárceles alrededor del mundo. Estos números son deshumanizantes, ya que con ellos los prisioneros pierden su identidad y pasan a ser simplemente una unidad más dentro de la prisión. De manera similar, Waller señala la

deshumanización que conlleva el trato que algunos prisioneros sufren en estas cárceles, en donde muchos no tienen acceso a servicios sanitarios o a comida, por lo que se transforman en esqueletos cubiertos de trapos que viven entre basura (Waller, 2007: p. 209).

Finalmente, Waller señala que la propaganda puede reforzar la imagen de las personas deshumanizadas (Waller, 2007: p. 210). El ejemplo más claro del siglo XX es el de los judíos frente al régimen Nazi. Según el autor, la propaganda alemana en contra de los judíos fue tan efectiva debido a que resonó con los siglos de historia deshumanizante que estos habían sufrido antes del Holocausto. Durante todo este tiempo, dice el psicólogo, “la imagen del judío vil y diabólico fue tejida profundamente en la tela de la cultura alemana y europea” (Waller, 2007: p. 207).

Algo similar ocurre con las caricaturas políticas. En su libro sobre la fealdad, el escritor Umberto Eco muestra cómo los *sans-cullottes* (literalmente, “sin pantalones”), es decir los miembros más pobres de la sociedad francesa previo a la revolución, eran representados en periódicos como caníbales, comiendo cadáveres y bebés (Eco, 2007: pp. 190-192). De igual forma, Eco muestra que la propaganda anti-comunista en contra de los rusos durante la Guerra Fría representaba a los comunistas como seres malvados y monstruosos (Eco, 2007: pp. 191, 193).



“The Mystic”, serie de comics que se publicaba durante la Guerra Fría (1945-1991)

Fuente: <http://historyday.crf-usa.org/2815/comicsII.htm>

Pero la deshumanización tiene una historia más antigua. En el siglo VIII, Plinio el Viejo publicó su enciclopedia *Naturalis Historia*, en donde incluía a las legendarias “razas monstruosas”. Estas razas eran consideradas como seres reales que supuestamente vivían en las antípodas del mundo de ese entonces. Entre ellas se encontraban los “Esciápodes”,

por ejemplo, que eran seres con una gran pierna que utilizaban para cubrirse del Sol; o los “Blemmias”, que eran seres sin cabeza con los ojos y la boca incrustados en el pecho. A pesar de su naturaleza mítica y fantástica, estos seres sobrevivieron siglos después en el imaginario colectivo europeo.



Fuente: [http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Nuremberg_chronicles - Strange People - Headless \(XIIr\).jpg](http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Nuremberg_chronicles_-_Strange_People_-_Headless_(XIIr).jpg)

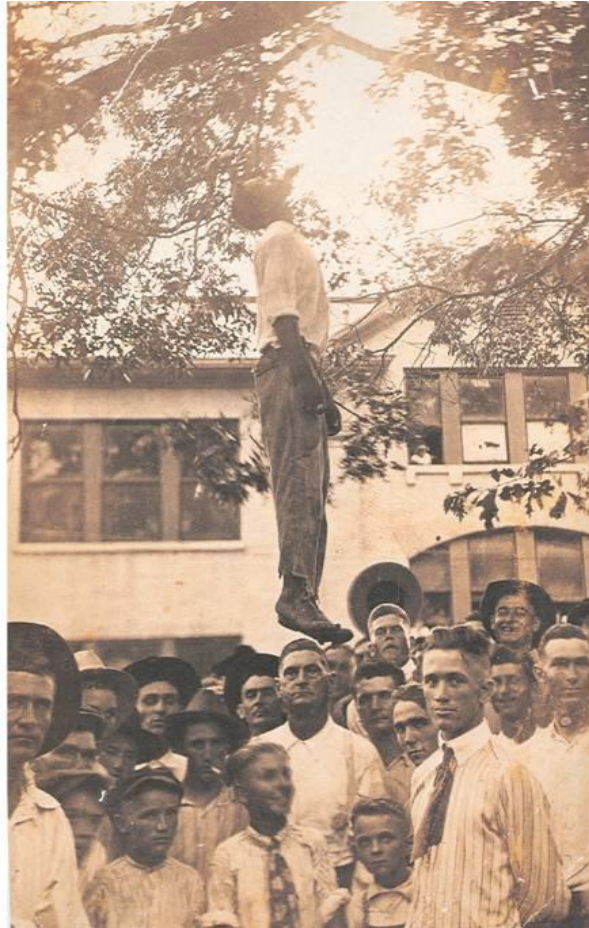
Según John B. Friedman, la representación de las razas monstruosas en la cultura europea cambió paralelamente a los cambios políticos y sociales que condujeron a la Edad Moderna (Friedman, 1981). De acuerdo al autor, durante la Edad Media, estos seres eran generalmente representados como decoración marginal (*marginalia*) en libros o formaban parte de los bestiarios de la época. Cuando los aventureros y comerciantes comenzaron a emprender viajes hacia lugares lejanos y desconocidos, en donde se creía que estas razas vivían, su representación gráfica en los libros de viaje pasó de ser neutra y decorativa a ser negativa e informativa. Las razas ya no fueron vistas como simples rarezas del mundo sino como amenazas reales para los viajeros. Seres como los Esciápodes o los Blemmias, por ejemplo, fueron entonces representados en lugares oscuros y peligrosos cubiertos de montañas y vegetación salvaje, reflejando el miedo que infundían (Friedman, 1981: pp. 131-162).

¿Qué tiene que ver todo esto con los linchamientos? Durante la llamada “Era de los linchamientos”, que tuvo lugar aproximadamente de 1882 a 1930, al menos 2,314 afroamericanos fueron linchados por grupos de gente blanca en el sur de los Estados Unidos (Tolnay and Beck, 1995: p. 274). Antes de este período, George M. Fredrickson cuenta que el estereotipo del afroamericano fluctuaba entre el del “Sambo” o “Negro feliz”, que era visto como obediente, servicial e inofensivo, y el del afroamericano como rebelde y violento, inclinándose más hacia el primero. Según el historiador, el balance cambió con el movimiento abolicionista que buscaba erradicar la esclavitud de una vez por todas durante el siglo XIX. Este movimiento amenazó la posición privilegiada de la gente blanca, y el afroamericano pasó entonces a ser visto como una amenaza real y peligrosa (Fredrickson, 1988: pp. 206-215). Paradójicamente, entonces, la abolición de la

esclavitud en 1865 dio paso a la ola de violencia contra los afroamericanos conocida como la “Era de los linchamientos”. Stewart E. Tolnay y E.M. Beck lo resumen de la siguiente manera:

“Es importante entender que años de propaganda racista habían reducido a los negros a simples estereotipos animalistas en la mente de muchos blancos. Estas imágenes degradantes despersonalizaron y deshumanizaron a las víctimas, reduciéndolas a objetos odiados sin ningún valor. Al definir a la víctima como una repugnante amenaza, la acción de la turba era psicológicamente reconfortante porque defendía a su comunidad de la brutalidad del negro. Los ‘buenos’ ciudadanos del condado de Coweta, en Georgia, torturaron, mutilaron, y finalmente asesinaron a Sam Holt porque había sido destilado en un estereotipo subhumano sin ningún valor humano” (Tolnay and Beck, 1995: p. 23, traducción del autor).

Así, la deshumanización explica, en parte, por qué la gente (incluyendo a niños) de esa época aparece en fotos junto a la persona linchada sin ningún signo de remordimiento, asombro o afección. En la mente de muchos blancos, el hombre colgado del árbol no era un ser humano, sino una “bestia salvaje” que amenazaba su propia existencia y que, por lo tanto, merecía morir.



Fuente: <http://www.lib.unc.edu/coursepages/hist/images/Lynching-of-lige-daniels.jpg>

Referencias Bibliográficas

Judith Butler, *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*. London/New York: Verso, 2006.

Umberto Eco, *On Ugliness*. Translated by Alastair McEwen. London: Harvil Secker, 2007.

George M. Fredrickson, *The Arrogance of Race: Historical Perspectives on Slavery, Racism and Social Inequality*. Middletown: Wesleyan University Press, 1988.

John Block Friedman, *The Monstrous Races in Medieval Art and Thought*. Syracuse: Syracuse University Press, 2000.

Opotow, Susan. "Moral Exclusion and Injustice: An Introduction." *Journal of Social Issues* (1990), Vol. 46, No. 1: 1-20.

Stewart E. Tolnay and E.M. Beck, *A Festival Of Violence: An Analysis of Southern Lynchings, 1882-1930*. Champaign: University of Illinois Press, 1995.

James Waller, *Becoming Evil: How Ordinary People Commit Genocide and Mass Killing*. New York: Oxford University Press, 2007.